



EL TIEMPO

EDICIÓN ILUSTRADA

Tomo VII

Mexico, Domingo 29 de Agosto de 1897.

Num. 314.

DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

II

Un día levantóse contra Lina un venticillo de maledicencia, que, partiendo de la boca de su hermana, recorrió algunas casas y anduvo posándose aquí y allá en las lenguas de algunas beatas ociosas y perversas. Concha en una tertulia soltó por ligereza y por aversión á su hermana, una cosa que ella casi creía, esta especie: "Con Lina no hay que contar, esa muchacha se ha vuelto inútil, se vive en el templo, está perdidamente enamorada de su confesor." ¡Si hubiera sabido la infeliz mundana que el alma de Lina era blanca como la nieve de las altas montañas y que hasta cuando algún natural afecto de gratitud al director de conciencia apuntaba en su corazón, ella pugnaba por cegar como se ciega un venero poco abundante! ¡Si hubiera conocido que su hermana en tratándose de afición á las criaturas era escrupulosa hasta la nimiedad! Pero ¿qué iba á sospechar de estas cosas Conchita, acostumbrada á traer siempre desbocado su corazón? El hecho es que la calumnia inventada por Concha se esparció como lamparon de aceite en papel de estraza. Las jóvenes, que de ella la oyeron, la contaron entre sonrisitas hipócritas y disculpas de *relata refero* á otras amigas, éstas á sus primas, una de las primas á su peinadora, la peinadora á su tía la rezandera, que se lo comunicó todo, bajo secreto, eso sí, á las otras vagabundas del templo, y así bajó la murmuración de la gente de lambeles á la iglesia, y no faltó farisea caritativa que le hiciese llegar á los propios oídos de la candorosa víctima. Lina se sintió desfallecer de angustia al oírlo, y lívida y descompuesta y fuera de sí llegó á su casa, tan mortificada que casi quería dudar de su propia inocencia. Fatigada con el peso, que

tan inicuamente le echaban á los hombros, sintió deseos de acogerse á Dios, único defensor de su honra, y pedirle venganza; pero al elevar sus ojos tropezaron con los de un crucifijo que en actitud doliente los fijaba en el cielo como implorando del Padre Eterno el perdón de sus verdugos. Y al ver esto Lina no pudo emitir la intentada súplica, sino que arrastrada por el ejemplo de su Jesús acabó por decir: "perdónales, no saben lo que hacen;" y sus pupilas se bañaron de lágrimas.

Aquella falsa imputación creció como obstáculo insuperable al frente de la joven. Al verla pasar en el templo ó acercarse al confesonario ciertas gentes se hablaban al oído con ese cuchicheo que parece murmullo de aguas cenagosas que se nos vienen encima. Y ¡librárala Dios de que el confesor, que todo lo ignoraba, la diese alguna muestra de bondad! que al punto el codazo disimulado, el tiron del vestido, el guiño de ojos ó las muecas significativas de las ruines devotas hablaban por mil lenguas. La pobre niña cuando algo de eso advertía, envolvíase en su virtud, se resignaba con la amargura de su cáliz, bajaba sus ojos y reprimía sus labios. Lina no era precisamente hermosa, ya lo he dicho, pero en esos momentos estaba encantadora: su rostro más pálido por la aflicción de espíritu, sus párpados entornados, su boca suavemente cerrada, su recta nariz un poco camprimada de las fosas y los gajos de su nudoso cabello, que abiertos para formar el más sencillo de los peinados, aparecían sobre su frente y bajo la calada orla de la mantilla; todo su semblante parecía como ungido de una luz indecisa, de un lampo vago y celeste, reflejo tal vez de la luz de su alma. Y ¡cómo contrastaba tan bella figura con las

viejas asquerosas y muchachas envidiosillas, que la rodeaban, malévolas, gentes que nunca habían podido entender lo que es la virtud cristiana!

Urgida al fin por tantas hablillas hubo de revelar al confesor su pesadumbre con todo el rubor y pena consiguientes; y el buen padre se concretó á reprenderla por su demasiado apego á la honra y á recomendarla que despreciase todo aquello, pues no había ni apariencias de lo que la achacaban, ya que su trato con el confesor no era ni aun en el confesonario más que el indispensable. Ella se sometió humildemente y prosiguió su camino sin hacer caso del vano estrépito; y presto logró ver derribada á sus plantas aquella Jericó, la altiva fábrica que en su contra la maledicencia había levantado.

III

Al cumplir su decimosexto año el demonio la circunvaló y agredió con horribles tentaciones. Era su purificación pasiva. Presentábasele á cada paso la especiosa imagen del placer mundano y revoloteaban en torno suyo las ilusiones de amor como mariposas siniestras. Oía que susurraban á sus oídos excusados coloquios de galanes y damas y punteos de vihuela y letrillas eróticas y querellas que se arman al pie de las rejas; y parecíala recibir chichisveos de amadores. Ora dormida en su casto lechito soñaba con las delicias del hogar, se veía rodeada de niños que eran su vivo retrato, que la circunvalaban como los renuevos á la oliva y que la llamaban con el más dulce de los nombres; soñaba el lícito amor de un hombre que era el bien de su corazón, el amparo de su debilidad y el cardinal apoyo de su casa; despertaba con unas ganas de llorar que no podía contenerlas; se acordaba de

que Francisco de Asís, asaltado por una tentación semejante, se revolvió en una zarza cuyas espinas regadas por su sangre se cuajaron de flores; y ella se apretaba el cilicio que traía á la cintura y se volvía del otro lado encomendándose con infantiles palabras al ángel de su guarda. Ora sus tentaciones de amor se iban convirtiendo en imaginaciones obscenas y asquerosas al modo que el busto elegante y hermoso de las sirenas remata en deforme y negra cola de pescado; y pedale ayuda á Dios é invocaba á la siempre Virgen María para que interpelase por ella; pero se sentía abandonada y sola con sus miserias, más grandes que toda ponderación, como la gloriosa Angela de Toligno, y experimentaba un miedo horrible, mortal, de caer en aquellos lazos, un pavor como el que sufrió Magaldalena de Pozzis cuando tuvo la visión de aquel lago de leones en que la parecía estar metida.

Era un asedio diabólico que se estrechaba hasta no dejarla quieta un minuto. Si olía una flor, si pulsaba las teclas de su piano, si se miraba al espejo para hacerse el tocado; al instante se serpeaban en su fantasía perfumes y músicas y luces brillantes de sarao y, lo que era peor, olas de cieno alborotadas y múltiples chocaban contra la blanca navecilla de su alma. Llegó hasta ignorar si consentía ó no en tales provocaciones, las tentaciones la dejaron algo como afición al pecado, como los insectos dejan su larva en la corola de la flor en que se posaron. Pero á la luz de la razón la noble doncella avanzaba invicta, erguida y luminosa aunque asediada por una legión de oscuros y feísimos demonios.

IV

Pasó la dura prueba y entró Lina en calma, pero calma tristísima, todo su fervor sensible apagóse y ni en la oración hallaba los consuelos que otros días. La misma comunión del Cuerpo del Señor la era desabrida. Diríase que como á Agar se le había agotado el agua del odre en el desierto. Pensó entonces más que nunca, sin entusiasmos juveniles, sin ardores de la sangre, con la razón fría en irse con las monjas. Su madre era piadosísima, y sin embargo, cuando supo la resolución de su hija, resistió á dar su consentimiento. Una avenida de reprensiones, de sátiras, de invectivas se despeñó sobre Lina en su propia casa; era el himno rebelde de la carne y la sangre contra el espíritu. Mas la chica se salió con la suya, y al caer de una tarde, sin despedirse de ninguno para evitar escenas dolorosas y flaquezas del corazón, abandonó su hogar y caminó solita en dirección á la casa de las recoletas de A...., esquivando el encuentro de parientes y conocidos, como Santa Eulalia cuando huyendo de la granja, en que su padre la tenía escondida, tiró por trochas y veredas en la oscuridad de la noche para ir á Mérida en busca del martirio.

V

—“Ven, esposa de Cristo, ven del Líbano, ven y recibe la corona,”—cantaba una voz de contralto en el pequeño oratorio de aquella casita, en que, huyendo de la rapaz mano de la Reforma, han ido á refugiarse unas cuantas recoletas exclaustadas de A.... Por la escalera subía una procesión: delante los monguillos que llevaban los ciriales y un estandarte con la imagen de Cristo crucificado, luego unas cuantas señoras invitadas y al fin Lina vestida de novia, resplandeciente de alegría, reflejando en su carita pálida la dulce timidez de su corazón, y sosteniendo en la diestra un cirio adornado con arandela de plata y ahuevados de tela de oro. Recibíola la abadesa con las otras madres y la condujo de la mano al Oratorio. La voz seguía cantando: Ven, esposa de Cristo. El sacerdote esperaba, el altareito ardía con antorchas. Sobre una mesa cercana estaba el hábito de sayal gris primorosamente doblado y cubierto de flores; y una airosa estatua del Niño Dios tenía con dos dedos de su diestra el anillo nupcial esculpido de nombres sagrados. Sonó breves

momentos la voz del sacerdote y poco después contestaba Lina á sus interpelaciones, que venía á pedir el santo hábito, de su espontánea y libre voluntad y que nada dejaba pendiente en el mundo. Entró la pretendiente á la habitación contigua, las monjas la quitaron las profanas galas, sus cadejos rizos y castaños cayeron al filo de la tijera y la fueron vistiendo las prendas de la orden, mientras el sacerdote seguía rezando las preces oportunas. Luego salió transformada y dijo haber tomado el nombre de *Sor Angélica de la Visitación*.

VI

A los seis meses de noviciado Sor Angélica era inmensamente feliz. Su contento se leía en su cara, fresca y juvenil como rosa nueva, y, lo que nunca, había adquirido la color de las mejillas. Dios la socorría con los primeros regalos espirituales. Purificada por la calumnia, las tentaciones y la aridez, un día tuvo principios de oración sobrenatural. Iban dos meses que no podía orar, que su imaginativa resistía á los fantasmas piadosos como papel engrasado en que no puede escribirse y su corazón estaba seco como bagazo de caña azucarina. Luchando una tarde por hacer oración, de improviso surgió en su espíritu una luz súbita que la atraía á concentrarse en el fondo de su alma. Todas sus facultades acudieron á ella, como una colmena dispersa se agrupa en un punto al percibir el olor de alguna hierba aromática ó el sonido del cerro que á congregarse la convida; y también sus sentidos se convirtieron hácia adentro como agujas al imán. Cerráronse sus ojos, tapiáronse sus oídos, se adormeció su tacto y estuvo buen rato, que parecía un punto, en ver ella, toda ella, la claridad con que Dios la regalaba. Era el recogimiento extraordinario, primer peldaño ó, más bien, pie y comienzo de la mística escala que remata en la visión de la increada belleza. Los efectos de ese don fueron en Angélica un gran desasimiento de los bienes terrenales, que ahora le eran descoloridos y desabridos y un apego sumo á la oración. Mas el confesor la reprimía y exhortaba á que no se engolosinase con aquel deleite no fuese que se afeminara su espíritu.

VII

Otro día, que en la sala de labor hacía un bordado de pelo de seda en finísimo cambray, figurando un esqui en mar tempestuoso, dejó repentinamente la aguja á medio clavar en la tela y quedóse suspensa. Aquella luz volvía á aparecer en su alma, luz incorpórea, luz de aurora en el orbe de las inteligencias. En todo su sér se hizo profundo silencio, todas sus facultades quedáronse atónitas y asombradas de aquella claridad, como se quedaría Adán á la vista de la primer mañana. No sucedía ya como la otra vez que contemplaba aquel fulgor pudiendo pensar, reflexionar y formarse imaginaciones, sino que ahora todas sus energías permanecieron inmóviles y estancadas el momento que duró la intelectual presencia de la divina luz. La cual pasó como relámpago, pero dejando en la novicia una estela de amor á lo eterno, una aspiración poderosa á lo infinito, aspiración que la hizo ver con amargura el bordado que en las manos tenía, las cosas que la rodeaban y hasta sentir con repugnancia los latidos de su corazón señales de la vida mezquina y terrenal á que volvía como desterrada. Angélica había tenido siempre fé viva sin asomos de duda ni titubeos, mas cuando pensaba en que tenía de morir, el temor de lo eterno y lo desconocido la conmovía; pero ahora, desde que columbró aquella manifestación de lo eterno y lo desconocido, de Dios, en su alma, ya se sentía con alientos de ir á la muerte serena y tranquila como quien tiene dentro de sí el dueño de los reinos eternos. Ahora la certeza de su fé se iba trocando en evidencia inmediata é irresistible.

VIII

Es el locutorio de las recoletas de A...., un cuartito ajuaratado con sofás y sillas de

tejido de cerda, en cuyas mesas rinconeras abundan los nichos con esculturas del niño Jesús, representado en distintos estados y posturas, ya dormido, ya haciendo crucecitas en el taller de San José, ora engrillado y con caperuza de cautivo, ora sentado en un trono de filigrana, con corona de rey en su cabeza y cetro en la mano, y hasta por cariñoso anacronismo, atado á la columna y flagelado; como si la quinta esencia de los afectos maternales, sublimados por la gracia, impeliese á las monjas á hacer figurar por dondequiera la infancia de Cristo. En ese locutorio conversaba Angélica con su madre, la antevíspera de su profesión religiosa.

—No, no es posible, Lina, que Dios te mande que me dejes para siempre, que abandones á tu madre desolada.

—Por Dios, madre mía, todo se puede abandonar, como que en El se halla todo multiplicado.

—Dios, que es amor, Dios, que es padre, no creo que despoje á una infeliz mujer de un poquito de amor que tiene, de su hija.

—Si no te despoja, si no la pierdes, si la ganas para la vida del cielo, que es la verdadera.

—No puedo yo contentarme con esas reflexiones. Yo te quiero á tí para mi casa, para que estés siempre á mi lado, para que me enjúgues el llanto cuando sufra y me cierres los ojos cuando muera. No comprendo otro modo de poseerte.

—Pero ¿á tu hija Concha la dejaste partir de tu casa para que viviese en otra esfera, para que fuese rica y elegante, y á mí no me dejas vivir en este reino de ventura y de paz para que sea rica de alma?

—Tu hermana Concha es el dechado de las hijas ingratas, pero á tí que eres buena no quiero perderte.

—Recuerda, madrecita, que tú perdiste á tu padre y á tu madre por tu esposo, para formar nueva familia.

—Será la que tú quieras, pero no—contestó la señora acorralada por la contumelente lógica de Sor Angélica, y agregó con llanto en los ojos:—Por ese niño Jesús, cuyas imágenes están aquí, y que fué tan sumiso á su Madre, yo te mando que vuelvas á tu hogar.

—Ese niño, cuando fué hombre, salió de su hogar y dijo no tener más madre ni hermanos que los que se apacientan de su doctrina, abandonó á su Madre purísima por mí.

—Está bien, basta de pruebas, con el año que llevas de estar aquí hay suficiente para tus caprichos de muchacha. Estoy resuelta á sustraerte de aquí por la razón ó por la fuerza.—Dijo y salió enojada y presurosa, sin despedirse ni atender á las súplicas de la novicia que pugnaba por detenerla.

(Continuará.)

POEMA DE VIDA.

A Antonio de la Peña y Reyes.

CANTO PRIMERO.

IDILIO.

I

Es la suprema floración del año.
Ya las nieblas no ocultan los bohíos
y los nidos del bosque, ayer vacíos,
están llenos de pájaros ogaño.

De Marzo los deshielos, como un baño
el valle inundan en raudales fríos,
donde llenan sus ánforas los ríos
y beben las bandadas y el rebaño.

Ya de la sierra en el crestón gigante
desbaratóse el gélido turbante
que el invierno formó con sus neblinas.

Y sobre el cielo azul, cuando atardece,
la sarta de las grullas desaparece
y flotan las primeras golondrinas.

II

Estremécese el aura tremulenta

y la tierra, á los húmedos halagos,
sigue, ya sin temor á más estragos,
su constante labor, fecunda y lenta,
Doquier su fuerza poderosa ostenta:
festonea las lilas y los dragos,
hace brotar los mustios jaramagos,
hincha la yema y el boton revienta.

Al tronco de los árboles se prende
de la hiedra la azul y verde malla,
que en el bardal su pabellon extiende.

Y, empapada del éter en las ondas,
del sol al fuego, la campiña estalla
en explosion de pétalos y frondas.

III

En los collados y en la selva inculca
del maternal amor se muestra el cielo:
oye el ave el reclamo, deja el cielo
y acude al nido que el ramaje oculta.

Entre las hojas de la encina adulta,
se escucha el ensayar del primer vuelo,
y en el pico de rosa del polluelo
su pico de ámbar la torcaz sepulta.

Muge la vaca, en tanto que se aleja
la cría por las quiebras del camino;
y al blando son de la amorosa queja,
tiembla, cual amapola sobre lino,

la roja lengüecilla de la oveja
del cordero en el blanco vellocino.

CANTO SEGUNDO.

EPITALAMIO.

I

Resplandece la bóveda infinita
con el fuego abrasante del verano
y, en la inmensa extension, el soberano
elemento prolífico palpita.

La vida, como el alma de Afrodita,
todo lo enciende: al hongo en el pantano,
al ave y al cuadrúpedo en el llano
y en el huerto á la humilde bellorita.

Exhalan sus aromas penetrantes
el apio y la silvestre madre selva
y el laurel odorífero retoña,

Y al balar de los hatos trashumantes,
en lo más escondido de la selva
tañe Pan la dulcísima zampoña.

II

Son las bodas campestres de las flores.
Al beso del amor, antes latente,
hincha y mueve sus ondas el ambiente,
ierguense los estambres tembladores.

Se impregnan los insectos zumbadores
en el pólen de oro refulgente,
y al par le lleva en su regazo ardiente
el viento grácil esparciendo olores.

¡Oh, céfiro! ¡oh, abeja! ¡oh, mariposa!
¡con qué ansiedad tan pudibunda espera
vuestra llegada la naciente rosa!

¡Posad sobre su cáliz, que el deseo
desflora, mientras canta Primavera
los eróticos cantos de Himeneo!

III

Todo, al soplar las brisas tropicales,
mueve la sangre y todo á amar provoca.
Naturaleza entera es una boca
donde palpitan besos inmortales.

Requíébranse en la rama los turpiales
lanzando su cancion alegre y loca,
y, en la cortada arista de la roca,
se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas
es el aire, del tigre la espelunca,
del triscador ganado las colinas.

Nada tu esfuerzo poderoso trunca,
pues, renaciente de las mismas ruinas,
¡oh, fecundante Amor, no mueres nunca!

CANTO TERCERO.

ELEGIA.

I

En la intrincada senda, y en el rojo
peñon, y en la monótona llanura,
no quedan ya ni un resto de verdura,
ni una brizna de hierba, ni un abrojo.

Tan sólo cuelga su último despojo

la seca hiedra, de la tapia obscura,
bajo la cual el ábreo murmura
y crugen las hacinas del rastrojo.

La tarde viene cenicienta y fría,
y una desolacion abrumadora
se extiende por el monte y la alquería.

Nada se oye vivir. . . . Sólo en la hora
del declinar tristísimo del día,
grita el halcon que en los barbechos mora.

II

¡Qué tristeza tan honda en el paisaje!
Del norte frío al destructor aliento
suspendióse en el campo el movimiento
y gimieron los troncos y el ramaje.

Ya no hay nidos, ni cantos, ni follaje;
no se escucha un murmurio ni un acento;
y apénas, junto al lago tremulento,
se oye graznar el ánade salvaje.

En las regiones do Aquilon desata
su saña y con furor se precipita,
sin cesar, sin cesar escarcha y llueve;

Mientras inmensamente se dilata
desesperante, trágica, infinita,
la sepulcral blancura de la nieve.

III

Si tan helada soledad impera
en el mar, en la tierra y en el cielo;
si ya no corre el límpido arroyuelo
ni se mece el rosal en la pradera;
¡ah! no pensemos que la vida muera,
amortajada con su blanco velo;
bajo la opaca crústula del hielo,
un inmortal renacimiento espera.

Mas ¡quién puede escuchar las misteriosas
voces que eleva en místico murmullo,
el más oculto seno de las cosas?

Nada sucumbe: el escondido germen,
la crisálida envuelta en su capullo,
la célula y el grano. . . . ¡todos duermen!

MANUEL JOSE OTHON.

Cerritos, Julio de 1897.

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXI

ULTIMOS FUSILADOS PUBLICOS.

UN crimen inaudito llenó de alarma á todo el vecindario de esta ciudad la mañana del 5 de Julio de 1884, perpetrado en la hacienda de Tlacote el Bajo, propiedad del gobernador D. Francisco González de Cosío.

A las tres de la mañana se habían insurreccionado los indios, penetrando á la finca, en la cual asesinaron al administrador y escribiente en su mismo lecho, en medio del desorden más atroz, animados por el alcohol, tremolando una antigua bandera con la imagen de Guadalupe á quien vitoreaban en medio de aquel tumulto.

Alguien escapó de aquel laberinto y en vertiginosa carrera trajo la noticia á esta ciudad, é inmediatamente salió el hermano del Sr. Cosío con el cuerpo de rurales y rodeando la finca, aprehendió á la mayor parte de los insurrectos.

Hechas las averiguaciones, resultaron ser veintisiete los principales motinistas, los cuales fueron traídos amarrados á ésta, así como los cadáveres y heridos.

Se les abrió causa y poco á poco fueron sentenciados á presidios más ó menos largos, restando sólo ocho, que fueron los cabecillas, los cuales despues de un año cuatro meses fueron sentenciados á la última pena.

Me parece que el ocho de Noviembre de 1885 á las siete de la mañana aparecieron las calles henchidas de gente que contemplaba la comitiva que se dirigía con tardío paso al lugar de la ejecucion con los ocho sentenciados.

La estacion que recorrieron no fué la ordinaria ni se supo con qué objeto; pues la estacion de costumbre que recorrían todos los ajusticiados era:

Salida de la cárcel, costados Norte y Oriente del jardin de la Independencia, (entonces Plaza de Armas,) Posadas, Descanso, Cordon y vuelta sobre la derecha al lugar del suplicio frente á la Alameda; y en la ocasion que me ocupa recorrieron las calles siguientes: Biombo, parte del costado Oriente del Jardin Zenea, costados Norte y Poniente, (al pie de la casa del Gobernador,) Cinco de Mayo, Aduana, Desden, Mezquitito, Abasto y vuelta sobre la derecha en el frente del cuartel del Estado.

Desgraciadamente yo presencié el desfile y la ejecucion. Aquel cuadro era presenciado por la muchedumbre poseída de estupor y respeto. . . . Todo el mundo guardaba el más profundo silencio, el cual era interrumpido sólo por la voz de los sacerdotes que rezaban sin descanso.

Por el centro de la calle iban de dos en dos los reos llevando en medio un sacerdote. Estos fueron: el Sr. Guisasola, el Sr. Figueroa, el padre D. José M. Ordóñez, (actual cura de Huimilpan) y el Sr. Cura Sevilla. Al pie de las banquetas iba la tropa que los conducía, y las banquetas, puertas y ventanas henchidas de gente contemplando aquel triste espectáculo.

Los reos iban despavoridos, contemplando con ojos bastante abiertos, á la muchedumbre que los seguía, repitiendo una á una las plegarias de los sacerdotes.

Iban en paños menores, descalzos y descubierta la cabeza. Pendían de su cuello, multitud de rosarios, escapularios y medallas, llevando en las manos un Santo Cristo.

Llegaron por fin al patíbulo, en el cual ya estaba formado el cuadro y miles de espectadores en rededor.

De primero fueron colocados al pie de ocho vigas nuevas que estaban enclavadas á distancia de cuatro metros una de otra; pero despues fueron cambiados y colocados en el centro de los espacios que dejaban las vigas entre sí. En seguida fueron vendados por unos guardas nocturnos y amarradas las manos por detrás.

Uno de ellos, ántes de venderlo, dirigió una alucion de circunstancias al pueblo en voz mediann.

Otro, estando ya vendado, se bajó la venda y dirigió la palabra al público; pero con voz más apagada, casi imperceptible.

Entre ellos iban dos ancianos con su larga trenza cana á la uzanza antigua.

Por fin fueron colocados convenientemente é hincados y los diez y seis soldados que debían hacerles fuego avanzaron como á veinticinco varas de lejos de ellos. Un silencio profundo reinó en esos momentos, á tiempo que los sacerdotes se retiraban poco á poco hácia un lado, recitando en voz bastante alta el símbolo y en llegando á las palabras "Subió á los Cielos" el oficial que mandaba el peloton levantó su espada y dejóse escuchar un tiroteo instantáneo, seguido de una detonacion seca sin eco prolongado, á tiempo que los reos caían revolcándose en su sangre. . . .

Unos instantes permanecieron moviéndose sus miembros, hasta que se acercaron los soldados á darles el tiro que llaman de gracia y el cual se les da á quema ropa; unos en el corazon y otros en el cráneo, con objeto de quitarles el resto de vida.

Despues sólo escuchóse el llanto que las mujeres del pueblo vertían al contemplar la desventura de aquellos seres desgraciados.

Las vigas habían sido colócadadas para dejar allí colgados sus cuerpos uno ó dos días, á la usanza de tiempos atrás; pero hubo contraorden y fueron levantados en las camillas del hospital y llevados á aquel lugar para hacerles la autopsia y darles sepultura.

Corrió como cierta la especie de que á ruegos de la esposa del Gobernador, se había

suprimido la última parte de aquel sangriento programa.

Poco á poco se fué disolviendo la muchedumbre haciendo tristes comentarios del sucesos.

Estos fueron los últimos fusilamientos públicos que ha presenciado Querétaro. Desde entonces los que tienen la fatalidad de ser sentenciados á la última pena ó los fusilan dentro de la cárcel ó los sacan de noche á los caminos y se les aplica la ley.

Sin estar á favor de los criminales, yo optaría se les impusiera mejor cadena perpetua en el destierro, y no privarlos de la vida; pues aún cuando es de justicia no lo es de caridad, que es la mayor de las virtudes; y sobre todo, esta clase de espectáculos, no cuadra con los adelantos de nuestro siglo renombado.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XLIV

EN UNA DISTRIBUCION DE PREMIOS.

¿Por qué miro retratada
En vuestra faz la ventura,
Y en esa infantil mirada,
Leda como la alborada,
La luz del placer fulgura?

Hoy que los pátrios altares
Están cubiertos de flores,
En estos benditos lares
Eleváis dulces cantares
Cabe enseñas tricolores;

Y el pecho amante palpita
Con ardorosa vehemencia
Cuando sus alas agita
El aura pura y bendita
De la gloria y de la ciencia.

No es el vanidoso anhelo
De alcanzar un galardón
Lo que en vigoroso vuelo
Os levanta de este suelo,
Del saber á la region;

Es el impulso divino
El que os lleva hacia adelante;
Es el hermoso destino,
Que trueca en vuestro camino
La espina en rosa fragante.

A su aliento soberano
Trabajáis como titanes;
No os arredra del arcano
El velo que vuestra mano
Rasga tras rudos afanes.

Audaz falange que avanza
Por los mares de la vida,
Ya se mira en lontananza,
Bella como la esperanza,
Luz de mi patria querida.

Ved, su frente pensadora
Ciñe preciado laurel,
Y de las aulas señora,
Hoy se ostenta vencedora
En este santo plantel.

Niños hoy, hombres mañana,
Serán el piloto ansiado,
Que guiará en edad temprana
La gran nave del Estado.

A su paso brotarán
De la idea las blancas flores,
Y del progreso serán
Antorchas, que brillarán
Con magníficos fulgores.

Mas sabed, niños, que el hombre
En vano busca la gloria
Sin la virtud: no os asombre,
Jamás surgirá el renombre
Donde tan sólo hay escoria.

La ley sin Dios es quimera;
Sin religion no hay moral;
Que sin Dios capricho impera,

Y la pasión ruda y fiera
Doquier va sembrando el mal.

Seguid la estela radiosa
Que os lleva del bien en pos;
Allí no se ve alevosa
Del vicio la faz odiosa;
Porque la ha trazado Dios.

Así llegaréis ufanos
Prez y nombre á conquistar:
Y venciendo á los tiranos,
Daréis á vuestros hermanos
Dios, patria y feliz hogar.

XLV

AL SEÑOR D. BALTASAR CASTAÑEDA.
Como el céfiro toma de las flores
El néctar perfumado;
Como el iris pintado
Roba á la luz sus múltiples colores;
Como el euro arrebatá á los boscajes
Su matinal gemido,
Y en el débil tejido

De las nubes se forman los celajes,
Yo he pedido al afecto sus ignotas
Y suaves armonías,
Para darte los días
Con el canto compuesto de sus notas.

Mas si la torpe lengua no traduce
Cuanto mi pecho siente,
Aunque su voz potente

Con sinceros halagos me seduce,
El cariño no es menos verdadero,
Así la espesa bruma,
Donde la luz se esfuma,

No quita su hermosura al reverbero,
Cuando intercepta el rayo esplendoroso
Que baja hacia la tierra,
Y en sus copos lo encierra,
Y lo apaga en su seno tenebroso.

Brindo por el activo ciudadano
Que á su pueblo procura
Bienestar y cultura,
Y lo gobierna con segura mano;
Y brindo borque mire su existencia,
De flores tapizada;

Que beba regalada
De ventura sin fin la rica esencia,
Y porque vea límpida y radiosa
La luz de los honores,
Y endulce sus dolores
El amor de Carmela y de su esposa.

XLVI

PARA UNA NIÑA AL SEPARARSE DE LA ESCUELA.

Por fin, llegó el momento, ya el lábio puede hablar;
Henchido palpitaba mi amante corazón,
De afecto el más preciado, de inmensa gratitud,
Que eleva y enardece, sublima mi razón.

¡Oh! noche misteriosa, de eterna remembranza,
Permite que mi acento te pida tu rumor;
Tus notas vagas quiero y tus arpegios suaves,
Para expresar del alma mi gozo y mi dolor.

No sé por qué me cercan imágenes extrañas,
Que al circundar mi frente me siento estremecer;
Me traen ecos dulces de la pasada vida,
Y los cantares tristes del cisne al fallecer.

Sobre un pasado bello, que límpido destella,
Mañana . . . un mundo nuevo se empieza á levantar.
¿A dónde va la tórtola que tímida se esconde?
¡Tal vez entre zarzales su nido á fabricar!

El hábito potente de impenetrable sino
Nos lleva hacia adelante sin detener jamás
Su paso gigantesco, ya mate ó dé la vida;
Ya lleve á nuestro pecho, dolor ó dulce paz.

Pero esa grande fuerza no alcanza hasta el recinto
Donde se alberga y vive la hermosa gratitud;
Es algo en nuestras almas divino, que no muere,
Es algo que ha bajado del cielo su virtud.

Por esto, madre amante de la niñez bendita,
Si ya el destino aparta mi pie de este lugar,
Sabed que os llevo en mi alma, sabed que os quiero tanto,
Que siempre vuestra imagen tendré en mi dulce hogar.

Si tierna y pequeña sentí vuestras caricias,
Si mis primeros pasos los di en este plantel,
¿Cómo olvidar, Señora, vuestro constante anhelo?
¿Cómo olvidaros nunca, si habéisme amado fiel?

Adios, querida madre; las lágrimas ahogan
Las voces cariñosas que os manda el corazón;
Adios, y en tanto os digo que os amo con ternura,
Mandadme, os lo suplico, vuestra alma bendición.

(Continuará.)

LA CRUZ DE HONOR.

¡Oh! ¿Quién dudaría de que la señora Doña Micaela amaba á su marido D. Julian?

Los días de trabajo apenas se veía al matrimonio, porque ella no abandonaba un momento sus quehaceres domésticos, y él, gerente de una importante casa de comercio, no salía de su despacho hasta la hora de comer; pero los domingos ocurría todo lo contrario: juntos oían misa en la parroquia; juntos almorzaban opíparamente en un *restaurant*, y juntos, cogidos del brazo, como dos recién casados en su luna de miel, pasaban la tarde en sosegado paseo y la noche en dos delanteros de entresuelo en el teatro de la ciudad.

¡Era incontestable que Doña Micaela amaba á su marido D. Julian!... Pero . . . le amaría más, mucho más, si él tuviese en el ojal de la levita la cinta roja de la Legion de Honor.

Porque es de advertir que Micaela era francesa, y Julian un honrado aragonés que emigró á Francia en sus mocedades, por haber tomado parte en una revuelta política, ocurrida en Zaragoza, y que se estableció en Bayona, se casó con Micaela, y se hizo un buen francés sin renegar de su amada patria española.

No había ninguna esperanza de que el modesto Julian alcanzase la condecoración que su esposa anhelaba; ésta, como buena francesa, cada día la codiciaba más, y lo que empezó por un deseo, convirtiéndose en manía, y llegó á tiránica impaciencia: era injusta y aun cruel con su marido, á quien dirigía absurdas recriminaciones, diatribas humillantes.

—¿Pero no has sido militar?—solía decirle.

—Sí, mujer—contestaba Julian.

—Pues ¿por qué no gestionas para que te nombren oficial de la reserva, y ganarías en breve tiempo la cinta roja? ¡Ah! ¡qué orgullosa pasearía yo contigo! ¡Qué feliz es mi amiga Dorotea, que tiene un marido condecorado con la cruz de la Legion de Honor!

El buen Julian, en vez de apagar con una respuesta firme y decisiva aquella batería de metralla, permanecía callado, estóico, sufriendo sin chistar la brusca andanada; y sin embargo, adivinábase en la contracción de su rostro, en su palidez, en su mirada vaga, que sufría horriblemente.

Una tarde las palabras de la mujer fueron tan duras y á la vez tan injustas, que el noble marido, aunque tenía en las venas ardiente sangre aragonesa, reprimió su indignación, y sus ojos se arrasaron en lágrimas: era la vez primera que Micaela veía llorar á su marido, y arrepintiéndose

al punto de su dureza, le abrazó cariñosamente y le pidió perdón.

El infeliz murmuraba entretanto.

—¡Si ella supiese!

En la noche del mismo día Julian se encerró en su cuarto, y se puso á escribir lo que sigue:

«Mi querida esposa:

«No puedo sufrir más tiempo tus amargas quejas, y voy á confesarte una verdad que hasta el presente no conocías: soy caballero de la Legion de Honor desde el 30 de Mayo de 1871. ¡Gané la cinta roja en la batalla de Saint-Privat, arrancando de manos de un capitán prusiano la bandera de mi regimiento!

«Mas ¿por qué no llevo esa honrosa cinta en el ojal de la levita? ¿por qué no te he declarado el motivo cuando me dirigías aquellas infundadas acusaciones? ¡Voy á decirte ahora y te suplico que guardes el secreto!

«Mi único hermano, el hermano querido que me confió mi santa madre en su lecho de muerte, cometió en casa de su principal un abuso de confianza... y cuando la policía lo buscaba para entregarlo á los tribunales, yo perdí la cabeza, tomé fondos de la caja del regimiento, y pagando con ellos la cantidad malversada por aquél, logré que su principal retirase la demanda...

«Salvé de la deshonra á mi hermano, mas yo, tres meses despues, no habiendo podido reintegrar la suma que tomé de la caja, fui sometido á un consejo de guerra que me sentenció á cinco años de presidio y á la degradacion.

«¡La degradacion! ¿Sabes, Micaela amada, lo que es para un militar la degradacion? ¡Es peor que la muerte! ¡Se me arrancaron de las bocamangas mis galones de oficial, y del pecho mi cruz de la Legion de Honor!

«Antes había querido suicidarme... pero pensé en Dios, me acordé de mi madre, me acordé tambien de aquel hermano que era la causa de mi desgracia, y que me necesitaba todavía... y bajé la cabeza, sufrí el martirio, y marché sereno al presidio.

«Pero si la ley era inclemente, aunque justa, los hombres fueron compasivos: ántes de un año fui amnistiado, abandoné el servicio militar, entré en la vida civil... y me casé contigo sin confesarte aquel secreto de mi existencia.

«Porque ¿cómo hubieras recibido declaracion tan enojosa? Las mujeres no veis sino los efectos, y pocas se ocupan en mirar las causas: habías olvidado que yo gané mi cruz con un hecho heróico, para no acordarte sino del acto que me obligó á perderla: y aunque he obtenido mi rehabilitacion sin pedirla, y espero obtener pronto que se me devuelva la cruz, tan noblemente ganada, tu co-

razon me absolverá (estoy seguro de ello, porque me amas y sabes que te amo,) pero el pensamiento, que suele juzgar torcidamente, quizá te inspirará estas vergonzosas palabras:

—«Mi marido ha estado en presidio!

«¡No, no! ¡eso no, querida Micaela! Si el gobierno me devuelve la cinta roja, como se me ha prometido, no la llevaré jamás en mi pecho... porque si una vez la llevase, tendría que confesarte el secreto de mi vida, y tu pensamiento, repito, quizá te haría decir alguna vez, ruborizándote de ser mi esposa:

—«¡Ha estado en presidio!

«Recibirás esta carta en el mismo día de mi muerte, y despues de leerla comprenderás cuán grande ha sido mi virtud para sufrir en silencio un día y otro las humillantes frases, las injuriosas diatribas que me has dirigido.

«Si mi cruz, mi querida cruz, ganada en el campo de honor por la salvacion y la gloria de la patria, se me devuelve, la contemplaré todos los días con regocijo, y esta contemplacion me dará la dicha de pensar que he servido de algo bueno en el mundo...

«Devuélvaseme ó no, perdona mi silencio hasta hoy, amiga mía, como yo te perdono tus humillantes desdenes.

«¡Ah, Micaela! Demasiado he comprendido, hace largo tiempo, que serías modelo de esposas amantes si alguna vez no endureciese tu corazón la maldita vanidad.»

Dos años despues de escrita la carta que antecede, murió el honrado Julian.

¡Oh fatalidad! No tuvo la alegría de recibir el decreto de la Cancillería del Estado rehabilitándole en el uso de la codiciada cruz de la Legion de Honor.

La viuda Micaela, desde que falleció su marido, sentía crueles remordimientos; vertió lágrimas ardientes sobre el frío rostro de aquel sér querido, y llegó á horrorizarse de la cinta roja más aún que ántes la deseaba.

¡Oh! ¡qué espantosa le parecía entónces aquella irreparable desgracia, que ella misma tal vez se había acabado con su injusticia y cruel persecucion de todos los días!

Y por sarcasmo de la suerte, ó por designio de la sabia Providencia, el decreto de rehabilitacion llegó en la noche misma de acaecer la desgracia.

Mas ¿para qué servía en lo sucesivo aquel pliego de papel, encerrado en un sobre á Julian, que ya no existía? Dejáñrole, sin leerle, en un velador.

Pero estaba allí el hermano de

difunto, aquel hermano que fué la causa primera de la desgracia de Julian; y como había gestionado activamente la rehabilitacion, en testimonio de gratitud, y obtenido la promesa de que sería otorgada, sospechó al punto lo que significaba el desdeñado pliego.

Abrióle casi á hurtadillas, leyóle rápidamente, se lo guardó en un bolsillo de la levita y salió de la casa mortuoria con tal precipitacion, que produjo el asombro de todas las personas que acompañaban entónces á la viuda.

Esta, verdaderamente inconsolable, acordándose cada vez más del amor y la nobleza de su marido, reprimiendo con dificultad el llanto, iba y venía desde el lecho nupcial desierto á los balcones de la estancia, mientras en la calle se verificaban los preparativos para la última fúnebre realidad de la vida; y á través de las persianas veía llegar y reunirse en grupo á los amigos del que fué su esposo, todos aparentando tristeza, todos vestidos de luto.

De repente resonaron en la misma calle el toque redoblado de un tambor y la nota aguda y metálica de una corneta: era que llegaba un piquete de infantería, y parábase, á la voz de ¡alto! del teniente que le mandaba, ante la puerta de la casa mortuoria, formando en línea sobre la acera de la calle.

Micaela no comprendió, no podía comprender lo que significaba aquel alarde militar.

La pobre mujer, excitada por la curiosidad (que nunca, ni aun en las ocasiones más solemnes, abandona á las mujeres,) acercóse otra vez al balcón y volvió á mirar á través de la persiana: entónces vió que el piquete de infantería tributaba honores militares al que fué su noble esposo, al cadáver del sufrido Julian.

Y vió tambien, lanzando un grito desgarrador, que sobre el féretro brillaba un objeto rojo y blanco que la producía vertigos.

—¡Esa cruz! ¡esos soldados!—exclamó.

—Esa cruz es la de la Legion de Honor—la respondió la mujer del hermano de Julian—y esos soldados rinden los honores debidos al hombre heróico que la ganó en el campo de batalla.

—¿Luego mi esposo Julian?...

—Tu esposo Julian hace veinte años que estaba condecorado.

Dos horas más tarde, y habiendo regresado á la casa la presidencia del duelo, el hermano de Julian cumplió la última voluntad de éste, entregando á la viuda aquella carta que ya conocemos.

¿Una carta de su marido? ¿una carta del hombre que ya no existía?

Micaela tuvo miedo, sintió remordimientos y leyóla sollozando.

Mas entónces cumpliése lo mismo que Julian había pronosticado: aquella mujer que tanto anhelaba la cruz de honor, que tanto martirizó á su esposo porque no la tenía ni hacía méritos para ganarla, permaneció silenciosa, pensativa, inmóvil; despues de la lectura de la carta, y cuando levantó la cabeza, mirando fijamente á su cuñado, le dijo con acento desdenoso:

—¿Luego Julian había estado en presidio?

LUIS MARQUEZ Y CELIS.

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el salon del trono de Assuero.

ESCENA, PRIMERA.

AMAN HYDASPO.

AMAN.

¡Y qué! apenas el día á lucir empieza
Y así te atreves á llegar osado
A este lugar?

HYDASPO.

En vuestro bien inmensa
Vos bien sabeis que en la confianza mia
Se puede descansar, y que las puertas
De este albergue, tan sólo á mí obedecen:
Pero venid, por donde quier dispuestas
Varias personas á escucharnos, pueden
Oirnos, y violar nuestra reserva.

AMAN.

¿Y cuál es el secreto
Que me quieres decir?

HYDASPO.

Señor, discreto
Debo ser con quien liganme favores
Inmensos, por ellos señalado
Recuerdo en mi amistad os he jurado
Por avisos sinceros descubrirlos.
Todo lo que se vé de misterioso
En este real alcázar sigiloso.
Abatido, é inquieto y pesaroso
El rey, en negro hastío parece envuelto:
Y yo no sé qué sueño pavoroso
En esta noche á conmoverle vino.
En medio del silencio, con terrible
Grito me llama; en su favor revuelto
Corro, y descubro su pavor visible;
Y en su discurso inórdico adivino
De su alma la emoción, en él se queja
De un gran peligro, que sus días cortando
Lo amenaza; cruel de un enemigo
Y de traidor feroz está evocando
El recuerdo fatal en sus horrores
Do pasara la noche y aun el nombre
De Esther pronuncia, porque más asombre.
Cansado de llamar por fin al sueño
Que huye de sus párpados esquivo,
Por quitar esas sombras funerarias
De su imaginacion con grande empeño:
Hace llevar los célebres anales
De los fastos del reino, do reunidos
Con cuidado se encuentran
Los sucesos notables cada día,
Conforme se presentan
De la gloriosa y grande monarquía.
Allí por fieles manos
El servicio consígnase y la ofensa,
Eternos monumentos
De venganza, de amor, de recompensa.
Al rey, ya más tranquilo
Dejó en su lecho, oyendo atentamente
La interesante narración que pinta
Los fastos de su reino felizmente.

AMAN.

¿Mas de que tiempo, dime,
De su vida eligió la fiel historia?

HYDASPO.

Ha elegido esos tiempos renombrados
Tan llenos de su honor y de su gloria,
Desde el famoso día en que lo eligiera
La suerte para el trono del gran Cyro
Y allí al dichoso Assuero dispusiera.

AMAN.

¿Entónces ese sueño
Hydaspo, fruto solo es de la idea?

HYDASPO.

Reunió á los adivinos
De más fama que tiene la Caldea,
Los que mejor el descifrar pudieran
De los sueños oscuros los destinos
Con que al mortal señalan
Su decisiva voluntad los cielos...
¿Pero por qué temblando
Os veo? parece que vuestra alma ahora
Se halla abismada en tétricos recelos
Al oír mi narracion: ¿de oculta pena
Aman dichoso arrastra la cadena?

AMAN.

¿En el puesto en que estoy me lo preguntas
Envidiado, temido como odiado
Todas las penas en mi pecho juntas,
Si no soy infeliz, Hydospo, dime
Y aun más lastimoso y miserable
Que aquellos infelices reunidos
Que mi poder oprime?

(Continuará.)

EL PIE Y LA MANO.

VERDAD EN FORMA DE CUENTO.

I

TRASLADO este cuento á aquellos que pidiendo imposibles en la tierra, abusan de las bondades que se les conceden, y cuantas más les otorgan, piden más. Traslado este cuento á aquellos que desconociendo su manera de ser y la del mundo en que viven, desdeñan la felicidad que obtendrían en un puesto humilde, y van á buscar su desgracia en regiones á que nunca debieron aspirar.

Nuestro pueblo, con sus deliciosos refranes, ha probado hasta el extremo la verdad de mi aserto, pues hay un refran que dice: «la codicia rompe el saco.»

Los hechos con su provechosa realidad y con sus no menos útiles lecciones, se encargan de probar mi afirmacion, haciendo ridículo y digno de desprecio al que pretende destino ó posicion superior á sus méritos, haciendo desgraciado, y no menos ridículo algunas veces, al que pretende casarse con mujer superior á su esfera y condicion social; convirtiendo en hazme reír del mundo entero, al que sabiendo apenas escribir de corrido, pretende pasar por autor y literato; y obligando á hacer las presentes afirmaciones en aras de lo que la propia conciencia se debe, á quien como yo, siendo poco más que un escribiente con mediana letra, pudiera aparecer ante la parte del público, que me conozca poco, con pretensiones de articulista ó de cultivador de las letras.

Una señora muy amiga mía, y que era toda lástimas y compasiones para aquellos que por cualquier concepto aparecían ante ella como desgraciados, vivía en Madrid en una pobre casa. Un día se hallaba comiendo tan buena amiga mía, cuando por

delante de la puerta del comedor pasó el aguador, que llevaba la cuba á la cocina:—¿quiere usted comer? ¿gusta usted?—dijo la señora al ordinario menestral, llevada quizá inconscientemente de su costumbre de invitar á todo el mundo, y de repartir cuantos efectos podía. Oyó el hombre la invitacion, la tomó al pie de la letra, y dejando la cuba á la puerta, se sentó á la mesa á departir mano á mano con la asombradísima señora, diciendo á la criada con voz de *emperador venido á peor fortuna*—vamos chica, pronto esa comida, que tenemos hambre *yo y la señorita*—y hasta cuentan las crónicas (no respondo de la exageracion,) que el convidado pidió dinero á su anfitriona.

Casos como el presente se ven todos los días y á todas horas, pues la condicion humana es tan débil, que es muy raro el que no se jacta de algo y el que no desconoce la situacion en que está y de la que no debe salir sin que en justo castigo á su osadía le corone el mundo entero con las insignias del ridículo. Como semejantes alardes producen disgustos al que los hace, por mucha que sea su tolerancia, escribo las presentes líneas, no con intencion de dar leccion alguna, pues para ello no sirvo, sino con el propósito de presentar á estos ilusos que suben tanto y tan pronto, un espejo en el que miren toda la fealdad de su figura social, y avergonzándose de sí mismos, vean y estudien la manera de corregirse. A la vuelta de cada esquina, cada día, cada momento se encuentra un iluso de este género, y ¿cómo no, lectores míos, si hasta en los tiempos de la mitología existía este defecto, y así lo prueba la tan conocida fábula mitológica de Icaro que intentó volar hasta el sol y derretida la cera que le sujetaba las alas á la espalda, cayó sobre la tierra dando ruidoso batacazo? Le dieron el pie y se tomó la mano.

Pero basta de filosofías y de prólogo, y vamos á mi cuento, ó mejor dicho á mi verdad.

II

Esto sucedió hace muchos años, pero el caso se repite con frecuencia, si no en la misma forma, en otras análogas.

Cuando yo era niño, visitaba con frecuencia la casa de mis padres y nos hacía la tertulia por las noches, entre otras varias personas, un señor muy bueno á quien llamaban D. Eugenin. Le queríamos tanto mis hermanos y yo como si hubiera sido de nuestra propia familia. Caritativo y cariñoso como pocos, era además tan ameno en su conversacion y nos quería tanto, que la noche en que D. Eugenin no venía á vernos, parecía que nos faltaba algo. El buen señor me atendía muchísimo porque decía que le recordaba yo á un hijo que se le

había muerto y que era de la misma edad y de mi misma figura. Cuántas veces con las lágrimas en los ojos me decía D. Eugenin, acordándose de su hijo, ¡qué lástima! ¡qué grandes amigos hubiérais sido si él viviera todavía! no era para este mundo; Dios se lo llevó como se lleva á los más escogidos para que formen parte de su coro de ángeles, ¿rezarás tú por él, verdad? Y llevándome á la primera iglesia que encontrábamos ámbos íbamos á rezar por el alma de aquel á quien sin haberle yo conocido en mi vida, quería tanto ó más que al mejor de mis amigos, y al salir de la iglesia me decía D. Eugenin todo emocionado y señalándome al cielo: —mira, desde allí nos está viendo, ¿ves aquella nube tan blanca y tan pura? detrás está mi pobre hijo que nos da las gracias por lo que acabamos de rezar por él.

III

Una noche llegó D. Eugenin más impresionado y triste que otras veces.

—¿Qué tiene? le preguntamos— ¿qué le pasa á V?

Y el buen señor nos refirió que la noche anterior al retirarse de nuestra tertulia, había encontrado en una calle obscura y solitaria el cuadro más desgarrador que se puede imaginar. Tendido en la acera, cubierto de harapos, estaba un niño de muy pocos años, muerto por efecto del frío ó del hambre tal vez. Al lado del cadáver, dando unos gritos lastimeros y también harapiendo y demacrado, estaba un pobre viejo que, besando al niño y con grandes extremos de dolor, decía: ¡Nieta de mi alma! ¡Ay, Dios mío, lo que he perdido!

El buen D. Eugenin se acordó de su hijo, y con el mayor cariño y actividad, dispuso que se llevara al viejo á una sala de distinguidos de un hospital de que el caritativo señor era hermano mayor, y que se tomasen las medidas para dar sepultura al niño.

Al oír esto, todos nuestros contertulios lloraban, y á propuesta de mi madre se inició una suscripción entre los circunstantes para cubrir los gastos del entierro de la pobre criatura y socorrer al abuelito hasta ponerle á cubierto de la miseria; y no contenta con esto la buena señora, fué á llevar por sí misma al día siguiente al viejecito un envoltorio de ropas de desecho de nuestra familia y asistió al entierro del angelito, como concurrió también la tertulia toda.

¡Qué extremos de gratitud hizo el abuelo! decía que todos éramos sus padres, y á alguno le llamó su Dios.

IV

—¿Qué tal el mendigo?—preguntamos una vez á D. Eugenin, que todas las noches al ir á nuestra casa pasaba á enterarse del resultado de su obra de caridad.

—Ya está más tranquilo—nos respondió;—ya no hace tantos extremos ni me bendice tanto, hoy me dijo que como yo tengo mucho talento, quería hablar conmigo de política y me pidió un cigarro como si hubiéramos sido amigos toda la vida: ¡pobrecillo, es un buen hombre!

V

A los pocos días nuestro caritativo contertulio nos contó que el bueno del pobre se había atrevido á quejarse de la mala calidad de los alimentos que en el hospital se le daban, y en una confidencia que hizo á D. Eugenin tuvo la osadía incalificable de decirle que abrigaba pretensiones de ser elegido concejal, porque él era representante de la clase proletaria, y el pueblo estaba oprimido, etc., etc., etc.

VI

Pasó cerca de un mes.

Una noche se presentó D. Eugenin en nuestra casa con la cara vendada. Nos enseñó el buen señor una gran cicatriz en la frente.

—¿Qué le pasó?—le preguntamos todos.

—Nada—dijo el bondadoso señor;—no fué nada. El pobre del hospital que ¿no le digan ustedes cosa alguna, eh? fué á arrojar á la cabeza á una hermana de la caridad una taza de caldo, porque no se la servían á tiempo, y me dió á mí sin querer

VII

El caso que os acabo de contar es rigurosamente histórico. Desde que aconteció, cuando veo que algun menguado, porque encuentre seres superiores que le traten con bondad, se cree él superior también y abusa del cariño que se le tiene, me acuerdo del pobre del hospital y del caritativo y dulcísimo D. Eugenin, con su venda y su herida, y me digo yo á mí mismo:

Una cosa es no sufrir opresiones, y otra cosa distinta es que cuando se da á uno el pie se tome la mano y la cabeza y el sombrero y hasta la tienda en que este sombrero se compró.

La falta es generalísima; ¡librenos Dios de caer en tal defecto!

LA FUENTE DEL VALLE.

Hay en el fondo de un valle formado entre dos montañas, una cristalina fuente de murmuradoras aguas, que al romperse entre las peñas que en mil hebras se desatan, y luego al unirse forman temblantes ondas de plata: ondas que en círculos leves mueven cadencias tan vagas, que ora parece que gimen ora parece que cantan. Mas de pronto en su camino

con dulce encanto se para, y en un remanso apacible que forman dos peñas altas, rompe el cristal bullicioso con música suave y grata, erizándose de espumas ligeras, finas y blancas. Y en el espejo que figen sus tranquilas ondas diáfanas se pinta el azul del cielo con sus encajes de grana; se pintan las mariposas que cruzando el aire pasan, y las nubes que se juntan, las nieblas que se levantan y las aves fugitivas que á los espacios se lanzan. Clara fuente, fuente hermosa, ¡feliz quien bebe tus aguas, que ni los hombres enturbian ni revuelven las borrascas! Bordan sus frescas orillas lirios violetas y malvas, nardos, rosas y azucenas, que su corriente embalsaman. Las palomas inocentes en ella su sed apagan, y por dar brillo á su pluma mojan en ellas sus alas; y no hay pájaro en el bosque, ni céfiro entre las ramas, ni flor en aquel contorno, ni zagal en la montaña, que en la tarde placentera, cuando el sol triste desmaya, de los apartados montes trás las cumbres solitarias, y por los valles se tienden sueltos encajes de nácar, no venga á oír de sus ondas la cadencia dulce y vaga, que ora parece que gime, ora parece que canta.

Fuente de mi valle hermoso, ¡cuánto envidia yo esa calma con que aquí, léjos del mundo, en paz, sin envidias ni ansias, feliz deslizarse miras tu existencia sosegada! Tú das vida á tantas flores como en tu orilla se arraigan, y ellas te pagan tributo de gratitud en fragancias. Por ti el verde musgo nace; y el musgo tu orilla esmalta, festoneando tus contornos con alfombra la más blanda. Y si á las palomas brindas con el licor de tus aguas, las palomas en retorno te envían en la alborada melancólicos arrullos que tu soledad encantan. ¡Feliz quien, como tú, oh, fuente, su vida toda consagra á hacer el bien, sin ruido, sin aplausos ni alabanzas! ¡Feliz quien, cual tú, se esconde de este mundo á las miradas, y su paso por la tierra como hermosa huella marcan muchas flores de virtudes, que divino aroma exhalan, y muchos gratos murmullos de bendición y plegaria, que brotan de lo más hondo de las afligidas almas!

NORBERTO TORCAL.

CONSEJO.

No ahuyentes al mendigo sin socorro con viles amenazas, Cuando á un pobre rechazas de tu corro, ¿sabes á quien rechazas? Ah! ¡Tan seguro estás de tu linaje, que no abrigas, siquiera,

ni lejano temor de que ese ultraje
de rechazo te hiera?

Ese, que en Dios al ménos es tu hermano,
¿sabes quién es, de fijo?
Ay! ¡Teme hallar un padre en cada anciano,
y en cada mozo, un hijo!

Federico Balart.

UNA MADRE.

LUCIANA de Hervilly me había
suplicado que fuese á verla á las
cinco de la tarde para hablarme
de un asunto importante, y á la hora
indicada estaba yo en su domicilio.

A los pocos instantes entró Lu-
ciana en la habitacion donde la espe-
raba con impaciencia.

La buena señora estaba inquieta
y llorosa.

—¿Qué le pasa á usted, Luciana?
—le pregunté.—¿Ha tenido usted al-
gun disgusto?

—Sí.

—¿Y quién se lo ha causado á usted?

—Mi hijo Marcelo. Va usted á sa-
ber lo que me ocurre. Estaba yo en
días atrás en mi tocador, cuando de
pronto se me presentó mi sobrino
Juan, el cual me dijo:

—No soy un miserable denuncia-
dor y he dado cuenta á Marcelo de la
visita que pensaba hacer á usted.
Marcelo conoció hace tiempo á una
muchacha que tuvo la desgracia de
enamorarse de él como una loca. Ya
puede usted suponer que esa criatu-
ra no sería ninguna virtud. Separada
de su marido, que desapareció de Pa-
ris una vez decretado el divorcio, pa-
ra no pagar á su esposa la pensión
señalada por los tribunales, comenza-
ron para ella los combates propios de
la terrible lucha de la existencia.

La casualidad le hizo conocer á
Marcelo y uno y otra se amaron muy
tiernamente durante algun tiempo.

Por desdicha, Ernestina no goza-
ba de buena salud y tuvo que guar-
dar cama varias veces, víctima de
agudísima fiebre.

Fastidiado Marcelo con estas con-
trariedades y resuelto á no desempe-
ñar el papel de enfermero, se alejó de
casa de Ernestina, pretextando un
largo viaje. Hace un mes que no la
ha visto ni le ha escrito, y la pobre
enferma me ha mandado á llamar á
toda prisa. La he visitado y he en-
contrado la casa desprovista de mue-
bles, pues todo ha sido empeñado pa-
ra pagar las medicinas.

Si quisiera levantarse no tendría
ropa que ponerse. Además, la infeliz
está herida de muerte.

—¿Y Marcelo lo sabe?—pregunté
á mi sobrino.

—Sí, señora.

—Pero le habrá enviado algun
dinero.

—Ni un céntimo.

Mi dolor fué inmenso, amigo mío;

pero no se trataba de mi pena y lo
que urgía era correr en auxilio de
aquella desdichada.

Lo primero que se me ocurrió
fué servirme de mi sobrino.

—Irás á llevarle dinero—le dije
—y le entregarás este billete.

—¿De parte de quién?

—De parte de Marcelo.

—No lo aceptará. Estoy seguro
de ello.

—Pues bien, iré á hacérselo acep-
tar yo misma.

Mi sobrino quería inducirme á
desistir de mi propósito; pero yo dije:

—Si esa mujer es tal como tu me
la pintas, nada arriesgo al dar este
paso.

—Pero tía

—Por supuesto no le diré que soy
la madre de Marcelo, sino una anti-
gua amiga suya y que vengo de su
parte.

¡Qué aspecto tan horrible el de la
casa de Ernestina!

La infeliz criatura estaba acosta-
da en una cama sin cortinajes y ofre-
cía el aspecto de una moribunda.

Me hice anunciar por mi sobrino,
el cual nos dejó solas, y, para tran-
quilizarla, me senté junto á la cabe-
cera del lecho y así de la mano á Er-
nestina.

Al oír el nombre de Marcelo, la
paciente se puso encarnada como una
amapola. Sin embargo, no se atrevió
á preguntar si había sido enviada
por él.

—Marcelo—le dije—es todavía un
niño que desconoce la intensidad del
daño que causa. Ha sido siempre fe-
liz y nada le ha faltado en este mundo.

Ernestina retiró su mano con tal
violencia, que temí haberla molesta-
do con mis palabras. Pero no fué así,
pues lo que únicamente sentía la po-
bre mujer, era que álguien hablase
ante ella en defensa de Marcelo.

—Yo no le acuso, señora—me
contestó—le amo y nada más. Indu-
dablemente ignora la gravedad de mi
estado.

—Tiene usted razon, hija mía—
le dije—en creer que Marcelo ignora
lo que pasa. En cuanto lo sepa ven-
drá á pedirle á usted perdon. Yo mis-
ma le revelaré lo que ocurre.

—¿Y cuando vendrá?

—El domingo próximo.

—¿Está usted segura de ello?

—Segurísima.

—Quiero vivir hasta ese día; pe-
ro nada tengo que perdonarle. ¡Cuán
dichosa soy en este momento!

No me era posible contener mis
lágrimas y me incliné para dar á Er-
nestina un beso en la frente.

La enferma me acogió en sus bra-
zos y me murmuró al oído las siguien-
tes palabras:

—Si no vuelvo á ver á su hijo de
usted, dígame que le he amado con
delirio.

—Mi hijo.

—¡No lo niege usted, señora, ni
trate de engañarme! Usted no es una
amiga de Marcelo. Usted es su ma-
dre! Lo he conocido en seguida, en la
elocuencia y en la ternura con que
usted lo ha defendido.

HUGO LE ROUX.

AL SMO. P. EL SR. LEON XIII.

(En las presentes circunstancias.)

SONETO.

En vano esfuérase el sectario impío
Con mengua oscurecernos tu grandeza,
E insolente borrar nos con vileza
La aureola de tu amor y poderío;
Es en vano su encono, padre mío,
Pues siempre eres la piedra de firmeza
Que resiste sin pena ni flaqueza
Del averno el empuje y desafío.
Eres, sí, de la ciencia el firmamento,
De la gracia tremolas los pendones,
Eres Rey de los reyes admirable
Y llega de tu cetro el lucimiento
Hasta oscuras sin límites regiones
De aquella eternidad imponderable.

Emilio Herrera.

I

Sentado al pie de una cruz
que hay al borde de una fosa
envuelto en una mortaja
y con la guitarra rota,
un esqueleto atrevido
su triste cancion entona;
todos los demás difuntos
se la saben de memoria
y ninguno á flor de tierra
su calva cabeza asoma;
un ciprés del cementerio
me la ha cantado en persona;
oid la cancion del muerto;
la cancion que ríe y llora.

II

Margarita de mi muerte
me quisiste y me olvidaste,
¡me has dicho que si me muero
vas á venir á buscarme!
¡ven. . . ven. . . te daré un abrazo
de costillas y falanjes;
en las cuencas de mis ojos
aún hay luz para mirarte
y arrinconado en el pecho,
frío, negruzco y sin sangre,
aun baila con agonía
un colgajo miserable
de aquel corazon que tuve
para que tú lo pisases!
¡nunca vienes! . . . ¡Margarita!
¡me quisiste! . . . ¡me olvidaste!
¡Pobres muertos! . . ¡pobres muertos!
¡¡Já. . Já!! ¡Requiescant in pace!

Luis Ram de Viu.

CANTARES.

Dios, que nos crió á los dos,
podrá hacer que yo me muera;
pero hacer que no te quiera,
Dios podría. porque es Dios.

Es tanta mi ceguedad,
que te amo, aunque estoy seguro
que con amarte aventuro
mi dicha en la eternidad.

Vuélveme hoy á decir,
pues, embelesado, ayer
te escuchaba sin oír,
y te miraba sin ver.

Las malas son esas penas
que sin matar nos maltratan;
las que de un golpe nos matan,
¡esas sí que son las buenas!